

saludarla, y donde jóvenes solteras, puras y sin mancha, se inclinan ante ella. Otras veces la lleva el coche al domicilio conyugal, al lado de su marido, á quien se apresura á decir para explicar su larga ausencia: «He pasado la mitad del día en casa de la modista; he tenido que esperar turno; ¡todas esas artistas que tienen fama son insoportables!»

Carmen Lelievre conocía todas esas máculas. Por eso observaba con cuidado á los proveedores del hotel y las casas donde iba.

Reconoció bien pronto que perdía el tiempo, y que aun por ese lado la marquesa era invulnerable.

Desesperábase ya, y estaba decidida á renunciar á abrir brecha en una virtud tan fuerte, cuando la casualidad vino en su auxilio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI

Después de haberse dedicado tanto tiempo y tan inútilmente á estudiar á los concurrentes á casa de la marquesa y haber vigilado sus salidas, sus paseos y sus excursiones, Carmen Lelievre decidió, para asegurarse bien, entregarse al examen profundo de las habitaciones ocupadas por la marquesa.

Una mujer que tiene relaciones ilícitas, un día ú otro, por olvido, por negligencia, se hace traición á sí misma delante de las personas que forman parte de su servidumbre ó que viven en su intimidad: una carta olvidada en el bolsillo de una bata, un medallón que guarda una miniatura

CARITA ALFONSO REYES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

comprometedora, que se quedó sobre la chimenea al alcance de la indiscreción, muchas veces una llave que no se retiró de la cerradura de una caja depositaria de secretos íntimos, revelan su secreto.

Carmen tenía toda la comodidad apetecible, durante dos horas del día, para inquirir, rebuscar si había algo que encontrar. El primer invierno que había pasado en casa de la señora de Tourves acababa de pasar; principiaba la primavera, radiante, resplandeciente, cálida como un verano. El señor de Tourves se aprovechaba de ésta para salir de sus habitaciones particulares, de las que apenas había salido durante el invierno y dar todos los días un paseo por el Bosque. Fiel á su papel de enfermera, la marquesa no dejaba nunca de acompañarle, y el hotel, privado de sus dueños, no tardaba en quedar á merced de los criados. El ayuda de cáma-

ra, ó más bien, el enfermero del marqués, se daba prisa á marcharse á tomar el aire por las calles, mientras que los demás criados y el cocinero se marchaban á la taberna más próxima. No quedaba en la casa nadie más que la criada. Pero era tan excesivamente tonta, que Carmen se podía ver libre de ella con facilidad, y no tenía que temerla.

Esa misma tontería la había hecho reflexionar y acaso contribuyó á despertar sus primeras sospechas. ¿Por qué la marquesa de Tourves había elegido una sirviente de ese género? ¿Por qué obstinarse en no dejarse servir más que por ella? ¿Por qué desterrar de sus habitaciones á toda la servidumbre de la casa? ¿Sería porque una criada tan estúpida como aquella no pudiese sorprender algún secreto suyo? En vez de tener junto á sí un espía, cuyo silencio ó cuya complicidad tendría

BIBLIOTECA DE LA SEÑORITA LELIEVRE

que comprar, ¿preferiría la marquesa entregarse á los cuidados de una sordo-muda?

Dueña del hotel, Carmen se instalaba en el cuarto de la marquesa, y como si fuese un juez de instrucción que se hallase en el teatro de algún crimen, dirigía por todas partes miradas investigadoras, se hacía preguntas, se contestaba, sosteniendo consigo misma un acalorado diálogo.

Durante los últimos días de Abril no pudo descubrir nada: ningún billete perdido, ninguna llave olvidada en la cerradura, ningún recuerdo amoroso dejado en una mesa ó sobre la chimenea. Pero el día 2 de Mayo (esta fecha exacta se encuentra en las Memorias de Carmen), gracias á un espléndido sol que, á pesar de los cortinajes, había conseguido deslizarse en el cuarto tocador, de improviso, y cerca del diván, apareció á los ojos de Carmen un pequeño objeto brillante, redondo, que

parecía una alhaja. Se dirigió hacia él, despacio, con la paciencia de un indio que sigue una pista, se arrodilló, extendió la mano y cogió el objeto en cuestión. Era un botón de puños de camisa, de grandes dimensiones, de oro mate, con una gran cifra, una S de rubíes.

No admitía duda: aquel botón era de algún hombre. No había mujer ninguna, á no ser alguna aficionada á esas excentricidades, que gastase un botón de aquella forma, y la señora de Tourves era conocida por la sencillez de sus trajes.

En fin, y era el punto capital, la letra S no era inicial de ninguno de los nombres y apellidos de la marquesa. Carmen Lelievre estaba, pues, en la pista de un misterio: tenía acaso en sus manos el honor de aquella que, tan imprudente como Didier de Prades, había herido cruelmente su amor propio.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII

¿Recibiría alguna visita la marquesa? ¿Por dónde entraba? ¿A qué hora? ¿Cómo se llamaba?

Así que la viese de nuevo, la daría cuenta de la pérdida que había tenido. El que olvida ó pierde en casa de su querida un objeto que pueda comprometerla, la avisa al momento la imprudencia cometida por él, y encarga que inmediatamente lo busque. Carmen acechó la vuelta de su señora y prestó atención á sus menores gestos. Pero ésta volvió de su paseo sin preocuparse del peligro que la amenazaba. Apenas entró en su cuarto, llamó á Carmen, que empezó á leerla un artículo de una Revista. Bajó poco después á comer con la señorita de compañía, sin separarse de ella ni un instante. Durante las primeras horas de la noche, no sorprendió Carmen ninguna palabra cambiada con nadie, ninguna confidencia en voz baja entre la

marquesa y sus contertulios, ni aun con aquellos que, por empezar su nombre ó su apellido con una S, fueron vigilados por ella con mayor cuidado.

A media noche, cuando se marcharon todos, la señora de Tourves rogó á su lectora que continuase el artículo suspendido cuando fueron á comer. Por espacio de más de una hora, su mirada permaneció tranquila, sin que pareciese que buscaba ningún objeto perdido.

De todas estas observaciones era fácil sacar una conclusión: que el dueño de la alhaja no había visto á la marquesa en todo el día, y no podía ser ninguno de los contertulios de por la noche.

Carmen, á la una de la noche, pidió permiso á la marquesa para retirarse y oyó cómo ésta echó los cerrojos, precaución que no dejaba nunca de tomar desde su infancia, decía, y que nunca ocultaba.

Al entrar en su cuarto, Carmen se entregó, gran parte de la noche, á hacer comentarios. A la mañana siguiente, á eso de las once, después de haber adquirido, según costumbre, noticias del marqués, entró en el cuarto de su señora. Estaba más pálida que de costumbre, inquieta, agitada, á pesar de los esfuerzos que hacía por aparentar tranquilidad. Su voz estaba bastante conmovida, cuando al cabo de unos minutos, dijo, afectando dar poca importancia al asunto:

—Tened la bondad de ayudarme á buscar un objeto que se me ha perdido: ayer estuve enredando en una caja donde tengo alhajas, y una de ellas, que estimo en mucho, se me ha caído sin duda, y habrá rodado hasta esconderse debajo de algún muelle. Es un botón de puños de camisa. Era de un pariente mío y tiene una cifra.

Carmen se apresuró á ponerse á disposición de su señora. Pero mientras estaba buscándolo se decía para sus adentros que como la marquesa no había recibido á nadie por la mañana, durante la noche debía habérsela noticiado la pérdida de la alhaja que tanto podía comprometerla. El asunto tomaba unas proporciones inesperadas.

## VII

Carmen Lelievre, el día en que tuvo interés de hallar alguna mancha en la vida de la señora de Tourves, había procedido de una manera completamente arbitraria. No se había preguntado si la marquesa tenía un amante, sino que se

BIBLIOTECA ALFONSO X  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

había dicho: debe tener uno, le tiene, no se trata ya más que de encontrarle.

Ese sistema le había salido demasiado bien para que le abandonase. En vez de vacilar con respecto á la procedencia de aquel botón, y de aceptar que pudiese ser una alhaja de familia, como decía su señora, se convenció de que pertenecía á algún visitador misterioso. No buscó nada que pudiese disuadirla de su idea, debilitar su creencia, ó adormecer sus sospechas. Como ciertos jóvenes que ejercen el cargo de Jueces interinamente se inclinan á creer culpables á todos los que son acusados de cualquier crimen, redactó un acta de acusación, y concluyó pidiendo un castigo ejemplar.

Unicamente que si las pruebas morales abundaban, las materiales faltaban por completo. Ante todo, ¿cómo entraba en el hotel? ¿Por la ventana? No podía aceptar

esa sospecha inverosímil. ¿Por la puerta? Era preciso entonces que el portero fuese cómplice de su señora. Nueva suposición tan increíble como la anterior. La señora de Tourves que, por exceso de prudencia, había buscado una criada casi idiota, no era tan inocente que se entregase á un individuo de una corporación que es tenida por todo el mundo por indiscreta, curiosa y habladora.

No. Indudablemente se habría opuesto á valerse de porteros, y habría inventado alguna estratagema, si no nueva, original y casi desconocida. Ciertas mujeres muestran verdadero refinamiento y coquetería en todas sus cosas.

Instruída en estas ideas, Carmen aprovechó la primera salida de la marquesa para estudiar con más cuidado que antes los menores detalles de sus habitaciones.

¿Por qué había colocado un cerrojo tan

grueso en la puerta de su alcoba, única pieza por donde se podía entrar en su tocador? Porque ese cerrojo recordaba la época de los demás muebles. Era del más puro estilo de Luis XIV, como la cama y las butacas. Después de reflexionarlo bien, no quiso conceder Carmen á la marquesa de Tourves tan exquisito gusto por la unidad en la decoración. Demasiadas cosas, pero poco armónicas, llenaban el hotel; demasiados estilos se veían en él, y en la misma alcoba donde parecía reinar como soberano Luis XIV, los adornos de la chimenea recordaban á su sucesor, mientras que los morillos que se veían en ella eran del tiempo de Enrique III. Aquel cerrojo debía estar allí colocado por su solidez y lo grueso que era. La cerrajería moderna, de pacotilla á veces, no ofrece muchas garantías y se recurre á los siglos anteriores en que sabían forjar el hierro.

¿Era natural, además, encerrarse como lo hacía la marquesa? Si su marido se ponía peor de repente, si la llamaba, ¿cómo podría llegarse hasta ella? Era preciso que tuviese motivos poderosos para separarse así de todos los que vivían en el hotel, y el temor á los ladrones no justificaba la costumbre que había tomado de ser carcelera de sí misma.

¿Cómo explicar tampoco, en una mujer de costumbres austeras, de vida arreglada, y en un ama de su casa como ella, que cuidaba de los más mínimos detalles del servicio, vigilante y entendida, la prohibición absoluta de entrar en su cuarto antes de las once de la mañana, esas costumbres perezosas, que apenas se permiten tener esas mujeres de mundo que pasan la noche entera en el baile?

Un reposo tan largo, ¿no debía ser perjudicial á la salud de la señora de Tour-

ves? En virtud, sin duda, del proverbio «Cuanto más se duerme más se quiere dormir», la marquesa estaba soñolienta gran parte del día. Las doce horas que pasaba en su retiro, lejos de satisfacerla, parecían predisponerla al sueño, y muchas veces le había ocurrido á Carmen, mientras leía algo, preguntarse si verdaderamente era oída ó si sería mejor dejarlo.

La señorita Lelievre se decía, en fin, que los largos celibatos, las existencias consagradas al deber, la austeridad de costumbres dan, á la larga, á las fisonomías una expresión particular: los ojos tienen menos brillo y se empañan, el color se pierde y se cubre de una especie de palidez mate, la voz adquiere entonaciones broncas, las líneas de la cara se hacen más rígidas, más acentuadas, el talle pierde su flexibilidad. La señora de Tourves, por el contrario, tiene la mirada dulce, su

voz tonos musicales, su andar gracioso. Con facilidad se la encontraba sumida en actitud pensativa, pero más bien parecía complacerse en el recuerdo de goces terrestres, que aspirando á volar al cielo.

A excepción de las observaciones hechas por Carmen y la existencia de aquel cerrojo, las pesquisas hechas por ésta no produjeron resultado. En el cuarto tocador, al contrario, todo cuanto en él veía la chocaba y la hacía reflexionar.

¿Para qué aquella espesa y blanda alfombra, cuando las demás piezas del hotel carecían de ella? ¿Para qué aquella persiana rellena de pelote, con objeto de amortiguar los ruidos que viniesen del exterior? ¿No hubiese sido más lógico ponerla en la alcoba donde dormía?

¿Para qué aquel lujo relativo, no usado en las piezas de recibir, y que se veía en aquel cuarto donde nadie entraba? En el

piso bajo creía uno encontrarse en el palacio de algún obispo; en el primer piso, ni aun en la alcoba, nada permitía adivinar la presencia de una mujer joven y elegante; un hombre grave no hubiese amueblado su habitación de otro modo. Aquí, por el contrario, todo respira alegría, todo sonríe, todo canta. Las colgaduras de seda tienen reflejos tornasolados. A pesar de la gasa que la envuelve, la araña de cristal de Venecia transporta el pensamiento á un país pintoresco donde luce un sol deslumbrador. Los cuadros, en vez de parecerse á los que hay en el salón, se animan, viven, y se hallan firmados por nombres ilustres, jóvenes aún. En fin, en un gran vaso de porcelana del Japón se abren todos los días y en todas estaciones flores rarísimas, de exquisitos perfumes.

El diván era lo que más llamaba la atención de la señorita Lelievre: la pare-

cía demasiado almohadillado, demasiado blando, de tela demasiado rica para una mujer que no tenía empeño especial en que los demás asientos de su casa fuesen confortables. Levantó la funda y vió que, mediante un mecanismo ingenioso, bastaba tirar de un cordón para que toda la funda desapareciese á la vez. Un diestro tapicero había, por decirlo así, vestido aquel diván, como pudiera estarlo una actriz en cualquiera comedia de magia; basta un gesto, y la bruja, cubierta de harapos, deja caer los vestidos y se convierte en joven, y se la ve cubierta de seda y joyas de oro y pedrería.

A fuerza de buscar y rebuscar por un lado y por otro, descubrió Carmen indicios más graves aún: los candelabros que había sobre la chimenea, aunque estaban cubiertos como ya dijimos por una funda de muselina, estaban manchados de esper-

BIBLIOTECA ALFONSO X  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ma. Aquellas manchas habían pasado desapercibidas á la marquesa de Tourves, pero su inquisidor se apoderó de ellas para sacar nuevas deducciones: por la noche se quitaban á los candelabros y á la araña las cubiertas que tenían por el día, se ponían bujías en todos ellos, y había iluminación *á giorno*. Las persianas almohadilladas no tenían otro objeto que impedir que los vecinos pudiesen aperebirse de aquel despilfarro de luz.

De modo que cuando todos descansaban en el hotel y se echaban los cerrojos, cuando todo el mundo creía que la marquesa dormía, era cuando daba principio á sus recepciones íntimas.

Tal era al menos la opinión de Carmen. Pero estaba demasiado predispuesta á la malevolencia, y sobre todo tenía mucho interés en juzgar desfavorablemente á la marquesa, para que esta opinión prevale-

ciese, sin pruebas incontestables que vienesen en su apoyo. Para descubrirlas se tomó dos días de término.

## VIII

Enterada, como creía estarlo, de muchos puntos, no trataba ya Carmen más que de hallar el camino misterioso por donde se penetrase en el tocador de la marquesa.

Sin ocuparse ya de las persianas almohadilladas, del diván, de la alfombra y de la araña, Carmen fijó su atención en las paredes del cuarto.

La forma circular del tocador la llamó la atención. Para obtener aquella especie de rotonda, habían tenido que sacrificarse los ángulos y disminuir mucho la magni-